

Educadores para el Tercer Milenio

Tomado de la ponencia impartida en el II Congreso Andaluz de la Educación Católica por la Dra. Juana Sánchez-Gey Profesora de la Universidad Autónoma de Madrid.



Dra. Juana Sánchez-Gey.

La educación en el éxtasis

El ser humano se encuentra en ese difícil equilibrio, entre cerrarnos en nosotros mismos o proyectarnos. El éxtasis es la capacidad que la persona posee de elevarse por encima de sí mismo y, superando los propios límites, valorar, unido al espíritu divino todo cuanto acontece. Esta capacidad extática es la que posibilita la libertad, la creatividad y, por supuesto, su dignidad personal. El éxtasis responde, por tanto, a la necesidad de plenitud, de encontrar la autenticidad en el encuentro con quien es su origen y su destino.

Se requiere despertar esta capacidad y creer en toda su potencialidad. Educar bajo esta perspectiva es creer que la poseemos y contemplar el maravilloso espectáculo de verla crecer en los otros. En este caso, la tarea educativa no tiene nada de monótona ni rutinaria. ¡Qué distinto es creer que la libertad es una mera elección de medios, o saber que es la capacidad de dar sentido al todo de la existencia, en la originaria elección de sí!

Si no es así, en la educación se enseñan técnicas o lógicas procedimentales que pivotan sobre formulaciones abstractas o sólo entienden de desarrollos personales individuales. Sin embargo, conviene desarrollar la «lógica del corazón» o «ética del cuidado». Estas atienden lo más integral y lo más hondo del ser humano; también el éxtasis es un acto de entranamiento con Otro y lo es de todo el ser. Educar en el éxtasis significa tratar de hallar la plenitud a la que aspiramos, sabedores de que ésta no se encuentra en mí mismo sino en la apertura al otro. Así, éxtasis es salida y a la vez encuentro es trascendencia y a la vez plenitud de mi inmanencia. Y más que adecuar mi ser es liberarlo, proyectarlo creadoramente en una tarea sin retorno y de posibilidades infinitas.

Sólo desde esta restauración de sí mismos es posible crecer, hallar la felicidad sabiendo que ésta es posible, en la medida que nos importe la felicidad del otro. Lo realmente importante es descubrir las experiencias que posibilitan la comunicación con nuestro Padre y la atención con los otros, como único compromiso propiamente humano.

Los caracteres de la educación en el éxtasis son:

- Una experiencia de entranamiento tal que dicho vínculo atrae a la persona, de forma que deja en suspenso cualquier otra preocupación o actividad secundaria.
- Enseña de este modo la participación en un estado de plena comunicación.
- Posibilita desde este entranamiento de vivencia comunicadora, una proyección abierta que despierta los sentidos, el corazón y el espíritu hacia mundos más amplios y fundamentantes.

Cristo enseña una y otra vez que su único propósito es hablarnos de nuestro Padre y hablarnos del Cielo, recordarnos que allí tenemos nuestra morada. Que Él no está atento a lo que hacemos o dejamos de hacer, porque no ha venido a enseñarnos la ley sino que, por el contrario, quiere que aprendamos a descubrir que sólo existe un auténtico tesoro «que sean uno como nosotros» (Jn 17,11) hasta descubrir la plenitud en Dios «He venido para que tenga vida y vida plena» (Jn 6,40).

La participación no implica pérdida sino realización. En la actualidad existen muchos pensadores que desde las éticas del diálogo o filosofías humanistas tratan temas acuciantes de hombre como la angustia, la soledad, la plenitud..., y proponen soluciones extáticas como un bien deseable, aunque no sea propiamente el éxtasis religioso. Gadamer, por ejemplo realiza un análisis fenomenológico del juego y explica que los jugadores son absorbidos por el juego, de modo que se sienten fascinados, teniendo la experiencia de ser jugados más que de jugar. Este olvido que el jugador puede sentir de sí mismo no constriñe su libertad, sino que legitima su realización. GADAMER, H-G. (1980): *Verdad y Método II*. Salamanca, Sígueme.

Lo contrario es, muchas veces, sumisión al inmediato presente y falta, por tanto, de un proyecto inacabable que nos haga buscar relacionarnos permanentemente.

Cristo revela y nos descubre algo nuevo, nos comunica gratuitamente un don, un tesoro de tal categoría que nos transforma y nos desborda llenando de sentido nuestra vida. Educar en el éxtasis es tener la experiencia de haberlo vivido y el reconocimiento de saberse amado, a fin de poder contagiar un ambiente de libertad, gozo, ternura, falta de prisas, vividos con sólo el deseo de proyectar esta vida a los demás para que la tengan y la tengan en abundancia. Sin embargo, es difícil crear este ambiente si se vive algún grado de incapacidad para el agradecimiento, si uno llena tanto el espacio de sí mismo que no ve nunca al otro, o no lo ve desde su mejor lado, o no lo oye, como dice Gadamer: «Sólo no oye el que se escucha a sí mismo». GADAMER, H-G.: op. cit, p. 209.

Cristo usa miles de palabras y actitudes para hacernos salir de nosotros mismos, para despertarnos, y despiertos aprendamos a apreciar todos los sentidos, la naturaleza, al prójimo. Le duele la incompletitud de una experiencia sólo racional o sólo sensorial frente a la completitud de la experiencia personal. Esta vivencia es clave para comprender

el sentido de la totalidad de lo humano. Fernando Rielo dice al respecto que si se excluye esta forma de la educación se produce «un estado de inquietud, perplejidad e, incluso, frustración. Esta deformación de la inquietud es transformada, en virtud de una concepción mística de la educación», y nos recuerda la necesidad de multiplicar nuestros talentos en nosotros y fuera de nosotros. RIELO, F. (1992): «La persona no es ser para sí ni para el mundo», en *Hacia una pedagogía prospectiva*. Madrid, Fundación Fernando Rielo, pp. 104-105.

La educación es un hecho amoroso

Unas breves palabras para terminar: para decir que la educación es un hecho amoroso, y seguir así hablando de comunión. En el corazón de Dios se nos descubre la absoluta gratuidad, la incondicionalidad de su amor. Pues bien, este amor incondicional es el único que llena de sentido porque da confianza y seguridad para poder realizar una vida buena, una vida bien vivida: «Venid a Mí y hallaréis reposo...». La aceptación incondicionada sin chantajes, sin pasiones personales, con el único propósito de un amor que llena de plenitud, es el acto educativo por antonomasia.

Es preciso no sólo amar, sino que perciban que son amados. La calidad de nuestra amor no puede estar condicionada a sus cualidades ni a sus defectos, sino que nuestro amor está centrado en quien nos llena con su Gracia. El amor debe crear un clima de comunicación auténtica hasta poder darse la transformación, señal de verdadero progreso educativo.

Cristo ama a cambio de nada, no condiciona su estima ni a psicologismos personales, ni siquiera a la respuesta o aceptación de los demás. Su seguridad está en el Cielo. En el Evangelio hay, entre otros, dos textos que explicitan maravillosamente el amor que el Padre y el Hijo se tienen y la comunicación de este amor a y en cada uno de nosotros (Rm 8, 12-30; Gal 4, 4-7). Estos textos deberían leerse en su totalidad, pero como no es posible, vamos a centrarnos en la íntima comunicación hasta llegar a poderle llamar de la única y peculiar forma en la que Cristo dijo: «Abbá, Padre». Que el amor es la historia de Cristo como modelo de una vida, que contempla con arrobo y con pasmo la presencia de su Padre que llena el universo desde lo más grande hasta lo más pequeño. Y que a esta vida estamos predestinados y en ella habíamos vivido, porque Dios bajaba cada día a pasear con el hombre a la brisa de la tarde (Gn 3,8).

Este es el diálogo que hemos de promover, este es el ambiente paradisiaco que debemos recuperar porque para él hemos sido creados y todos ansiamos restablecer. Ya sabemos que existen otros espacios, menos gozosos, con más conflictos... Ello no quita para recordarnos y para propiciar que la cultura, como la educación, es luz, gozo, encuentro con la vida y con la paz. Sin olvidar, como dice Fernando Rielo, que «la paz, como el amor, es conquista que el ser humano tiene que librar cada día» RIELO F. (1994): «Función de la fe en la educación para la paz», en *Educación para la paz*. Madrid, Fundación Fernando Rielo.